

---

# Konstantin Leontiev: romántico de la idea conservadora

MIJAÍL MÁLISHEV / MANOLA SEPÚLVEDA GARZA

*¿Hay que tomarse la Historia en serio o asistir a ella  
como espectador? ¿Hay que ver en ella un esfuerzo  
hacia una meta o el juego de una luz que se aviva  
y palidece sin necesidad ni razón?  
La respuesta depende sobre nuestro grado  
de ilusión sobre el hombre...*

E. M. Cioran

Konstantin Leontiev (1831-1891)... Ningún otro pensador en la cultura rusa provocó opiniones tan diametralmente opuestas como esta figura solitaria de terrateniente empobrecido, médico, diplomático, escritor y filósofo. "Nietzscheano antes de Nietzsche", "José de Maistre de ortodoxia rusa", "Torquemada político", "rebelde del Renacimiento luciferino", "romántico loco", "Gran Inquisidor", "apologista apasionado del culto a la fuerza", "eslavófilo desilusionado", "intelecto brillante y paradójico", "alma solitaria y única en su género", he aquí algunas opiniones de los contemporáneos y descendientes de Leontiev.<sup>1</sup> De estos epítetos se desprende que su obra provocaba reacciones muy extremas: casi ninguno de sus estudiosos logra contener sus emociones, a veces empapadas de admiración pero, más frecuentemente, saturadas de odio o de desdén. Sus ideas o, más bien, sus predicciones proféticas tendrían que esperar muchos años para regresar al debate ruso después del olvido casi total. El he-



*G. L. Leontiev*

---

MIJAÍL MÁLISHEV / MANOLA SEPÚLVEDA GARZA. *Profesor-investigador de la Facultad de Humanidades de la UAEM, quien ha publicado diversos libros sobre temas de filosofía, y Profesora-investigadora de la ENAH.*

---

cho de que sus ideas no tuviesen una amplia resonancia puede explicarse porque fue un tipo conservador que desafió y atacó los valores democráticos, se burló de las ilusiones liberales y marxistas referidas a la llegada de la "gran armonía común". La apreciación adecuada de sus ideas tampoco se vio favorecida por el clima intelectual de su época y de las décadas posteriores. Según Nicol Verdines Leontina fue mal entendido y mal interpretado porque reflexionaba sobre la "humanidad poética" y no sobre la "humanidad sufriente", lo

que era totalmente ajeno al espíritu social que prevaleció en aquel entonces entre la *intelligensia* rusa.

Konstantin Leontiev nació en enero de 1831 en una modesta familia de la nobleza de Kaluga, cerca de Moscú. Recibió la educación doméstica de su madre, una mujer inteligente y erudita, que ejerció profunda influencia en su vida. El padre, contrariamente, fue un hombre frívolo que se desatendió de la formación de su hijo. Después del gimnasio Konstantin, por el consejo de su madre, ingresó a la facultad de medicina de la Universidad de Moscú y, aunque no sintió gran entusiasmo por esta carrera, visitó las clases asiduamente. Años después, decía que el estudio de la fisiología y anatomía le dejaron un gran provecho, ya que en sus investigaciones históricas siempre utilizó los métodos de las ciencias biológicas. En aquel entonces Leontiev sintió más inclinación hacia la literatura. Sus primeras composiciones las llevó al famoso literato Turguenev, quien las aprobó y le ayudó con sus valiosos consejos. Cuando estalló la guerra en Crimea (1853) Leontina voluntariamente se enlistó como médico en las filas militares. En Crimea inició una relación con una muchacha bella, aunque simple y casi inculta, hija de un pequeño negociante griego, y después de seis años se casaron. Hay que advertir que Leontiev fue un hombre bastante guapo y tuvo muchos romances en su vida. Después del matrimonio, no dejó de tener aventuras amorosas. Según Berdiaev, Leontiev

era un hombre apasionado, pero eróticamente no tenía un gusto refinado. Conoció bastante bien la Afrodita Vulgar, pero no la Celestial. . . Durante toda su vida Konstantin Nikolaevich no pudo escoger un objeto único de amor, tampoco pudo encontrar una vocación única, un hogar estable ni un círculo de amigos fieles. En este mundo fue un peregrino. . .<sup>2</sup>

En 1863 Leontiev empezó a trabajar en el Departamento Asiático del Ministerio de Relaciones Exteriores y durante diez años ocupó diversos cargos diplomáticos en las provincias cristianas de Turquía. En 1871 se enfermó y en un momento de peligro mortal detuvo su mirada en un icono de la Virgen y le rogó ayuda. Después de algunas horas se sintió mejor y creyó que su convalecencia era obra de la Divina Providencia. Con este acontecimiento revisó críticamente toda su vida y, en un arrebato de desesperación, echó al fuego el manuscrito de su novela *El río del tiempo*. Poco tiempo después, ingresó a un monasterio ortodoxo en la montaña Afon, en Turquía, donde pasó casi un año. Empero su deseo de ser monje no se cumplió. En 1874 se trasladó a Rusia, donde volvió a intentar el sendero del asceta. Pero, como en la primera vez, fracasó.

De 1875 a 1880 vivió en su pequeña hacienda, Kudinov, ocupándose del trabajo literario. En estos años salieron sus obras principales, entre otras: *El bizantinismo y el eslavismo*, y cuentos y novelas sobre la vida de Oriente, que luego fueron publicados en tres volúmenes bajo el título: *De la vida de los cristianos en Turquía*. En 1880 Leontiev aceptó ser adjunto de redactor en un periódico de Varsovia y, luego, pasó al comité de la censura estatal de Moscú. En 1887 dimitió y se trasladó al monasterio "Optina Pústín". Alrededor del pensador solitario surgió un pequeño círculo de jóvenes con quienes mantuvo amplia correspondencia, además de que lo visitaban de vez en cuando en su casa detrás de la muralla monasterial. El verano de 1891 Leontiev aceptó el monacato en "Optina Pústín", en esta ocasión definitivamente, y pronto se trasladó al convento "Sérguiev Posád", cerca de Moscú. Pero en el nuevo lugar se enfermó y murió en noviembre de 1891.

En su enfoque culturológico Leontiev se apoyó en el trabajo de Nicolai Danilevsky *Rusia y Europa* que fue publicado en 1869. Como Danilevsky (y luego Spengler) Leontiev aspiró a introducir el principio natural en el análisis de la historia, trazando paralelos entre el desarrollo de la sociedad y el de la naturaleza. Según Danilevsky, el concepto de humanidad como idea abstracta carece de sentido, más bien es una noción marcada por el realismo medieval. La humanidad como ser colectivo y finito se presenta como una serie de tipos concretos histórico-culturales que pueden subdividirse según el grado de su desarrollo. Tales tipos civilizaciones auténticas que han revelado su presencia en la historia son diez: egipcio, asirio-babilonio-fenicio (semítico antiguo), chino, hindú, iraní, hebreo, griego, novosemítico (árabe), romano-germánico, eslavo. El último el eslavo es joven y aún no despliega todas sus potencialidades, por lo que le espera un futuro prometededor. Leontiev reconoce la existencia de tipos histórico-culturales, pero a diferencia de Danilevsky considera que los tipos no están vinculados con una etnia o una nación. Admite que "la humanidad fácilmente puede mezclarse en un tipo cultural común".<sup>3</sup>

Leontiev es autor del término: "complejidad floreciente", lo introdujo en la filosofía de la historia para designar un estadio superior en el desarrollo de cualquier fenómeno vivo. Este concepto lo aplica tanto al mundo de la Naturaleza como al de la Historia. Según su opinión, en la vida de cada fenómeno orgánico se observan tres fases: 1) la simplicidad inicial; 2) la complejidad floreciente, y 3) la simplificación secundaria. Para él, el proceso de desarrollo significa la ascensión

paulatina de lo simple a lo complejo, el crecimiento de la autonomía en relación con el mundo circundante y la separación de los fenómenos afines. Es decir, es un tránsito gradual que va de la insipidez y simplicidad hacia la originalidad y complejidad. El pensador ruso aplica esta tríada a toda evolución de la humanidad: a los fenómenos del espíritu humano, a las naciones y a los Estados.

La complejidad floreciente cúspide del desarrollo encarna el triunfo de la unidad saturada por la diversidad. En el Estado floreciente ésta se revela en: estructura social multiforme, pluralidad de las corporaciones, variedad de modos de producción, diversidad regional, carácter multicolor de las costumbres, ritos, hábitos, gustos, originalidad y variedad del tipo de folklore, y la madurez de la jerarquía social. Estas diversidades son abarcados por una organización o "forma" que representa "el despotismo de la idea interna que no permite disipar la materia."<sup>4</sup>

La forma, como principio que limita y contiene, incluye algún significado y cuando aquella se une con éste adquiere un sentido correspondiente. A la vez, el fenómeno obtiene su fisonomía individual. Así pues, la diversidad de forma y la complejidad de los fenómenos que se encuentran en el proceso del desarrollo son equivalentes a su sentido interno; ellos se animan y, de este modo, aumenta su contenido vital. Contrariamente, la disolución de los límites, que separan y resisten a la mezcla de elementos, es equivalente a la muerte de éste, puesto que la eliminación de todas las fronteras conduciría a la desaparición del sentido que lo vivifica. Cuando los elementos se mezclan, los fenómenos se homogenizan y se simplifican. La superación parcial de la diversidad es ya un índice de agonía; la destrucción de los límites mediante los cuales algún fenómeno vital se preserva del medio ambiente significaría la terminación de su existencia. No diferenciado de nada ni de nadie cesará de ser él mismo.

Leontiev aplica esta tríada a la vida histórica de diferentes culturas, al desarrollo de la literatura, filosofía y religión. Por ejemplo, lo observa en la historia del arte:

a) un período de simplicidad inicial en donde predominan fenómenos como: construcciones ciclópicas y tumbas cónicas de los etruscos, casas típicas de campesinos rusos, orden dórico... canciones épicas de las tribus salvajes, pintura primitiva de iconos, xilografía, etc.; b) un período de complejidad floreciente; en éste señala el Partenón, y grandes templos como los de: Diana de Efeso... , Strasburgo, Reims, Milano, de San Pedro y San Marcos, grandes edificios de Roma Antigua, y personajes como Sófocles, Shakespeare, Dante, Byron, Rafael, Miguel Ángel, etc.; c) un período de mezcla que conduce a una simplificación secundaria decadente; en éste sitúa: los edificios de la época de tránsito, el estilo romano... , todas las construcciones utilitarias

contemporáneas tales como cuarteles, hospitales, escuelas, estaciones ferroviarias, etc. En la arquitectura de este período reina lo ecléctico. En las épocas florecientes las construcciones también pueden ser multiformes, pero en marco de un estilo determinado; no hay lugar ni a la mezcla ecléctica ni a la simplicidad decrepita insulsa. Lo mismo se observa en la poesía: Sófocles, Esquilo, Eurípides, todos tienen un estilo; después todo se mezcla ecléctica y fríamente, se rebaja y degrada.<sup>5</sup>

Semejantes regularidades se observan en las religiones: éstas nacen en guisa de la creencia en un Ser superior espiritual y en la existencia de un mundo en el más allá como premio o castigo por buena o mala conducta y terminan, en esencia, con las mismas creencias ya que el deísmo del filósofo y el fetichismo del salvaje coinciden entre sí en la simplicidad de su contenido espiritual. Contrariamente, un culto floreciente posee jerarquías complicadas y diversidad en conceptos teológicos. En esta fase la fe penetra en todas las formas espirituales de la vida social y la fecunda con sus símbolos. Con un lenguaje sagrado se expresan la alegría, tristeza y toda una gama de emociones y valores de la vida humana, lo que explica por qué en la historia se ha derramado tanta sangre.

Desde el punto de vista de Leontiev la armonía no es un unísono pacífico sino una lucha, a veces cruel y sangrienta, pero siempre fructífera y creativa. El verdadero progreso es la marcha de lo simple a lo complejo y no un movimiento hacia "adelante" sin más. La pluralidad de los individuos, clases y naciones y la diversidad de las culturas son premisas para el desenvolvimiento progresivo y multilateral. Sólo en un ambiente de diversidad cultural florece, se expresa originalidad y su producto superior, la genialidad. Los genios fueron, son y siempre serán, una pequeña minoría; pero ellos poseen propiedades más originales que todos los demás representantes del género humano. Leontiev constata con alarma el proceso de homogeneización que se está dando en las culturas europeas y lo considera hostil a la individualidad. Destaca que la tendencia que prevalece en estos países es tratar la mediocridad como un valor supremo de la sociedad. Se refiere con simpatía a las invectivas de John Stuart Mill, quien sostuvo que

en nuestros tiempos, toda persona, desde la clase social más alta hasta la más baja, vive como baja la mirada de una censura hostil y temible. No sólo en lo que concierne a otros, sino en lo que solamente concierne a ellos mismos, el individuo o la familia no se preguntan: ¿qué prefiero yo?, o ¿qué es lo que más convendría a mi carácter y disposición?, o ¿qué es lo que más amplio campo dejaría a lo que en mí es mejor y más elevado, permitiendo su desarrollo y crecimiento?, sino que se preguntan: ¿qué es lo más conveniente a mi posición?, ¿qué hacen ordinariamente las per-



sonas en mis circunstancias y situaciones económicas? o (lo que es peor) ¿qué hacen ordinariamente las personas cuyas circunstancias y situaciones son superiores a la mía?<sup>6</sup>

Según el pensador ruso, Europa ya entró en la tercera fase de su desarrollo, esto es, en el período de "simplificación mezclada secundaria", lo que significa lenta vejez y paulatina muerte. Lo que los liberales, demócratas y socialistas llaman "progreso", en realidad, es descomposición. Desde su punto de vista,

entre el movimiento progresivo 'igualitario-liberal' y la idea de desarrollo, no existe ninguna semejanza lógica; más que esto, el proceso igualitario-liberal es la antítesis de un proceso de desarrollo. En éste, la idea interna mantiene el material social en sus brazos organizativos despóticos y limita su aspiración centrífuga y dispersa. El progreso que lucha contra cualquier forma de despotismo contra estamentos, gremios, monasterios y hasta riqueza, no es otra cosa que el proceso de simplificación secundaria de integridad y mezcla de las partes integrantes...<sup>7</sup>

Leontiev compara los fenómenos igualitarios-liberales con la putrefacción y la patología que llevarán, a fin de cuentas, a la degeneración del género humano. La

simplificación secundaria puede llevar a la sociedad a nuevas formas de opresión total.

Puede ser profetiza Leontiev que surgirá una esclavitud peculiar, una esclavitud de formas nuevas, probablemente, se dará un sometimiento cruel de los individuos a las pequeñas y grandes comunidades y éstas, al Estado.<sup>8</sup>

Según su opinión, antes de que llegue la época de florecimiento es mejor que uno sea una vela o una caldera de vapor; después, cuando el Estado entre en la fase de la simplificación secundaria, es más conveniente que uno sea el freno o el ancla. Antes del período de "complejidad floreciente" todos los progresistas tienen razón y todos los reaccionarios están equivocados. Después, en la fase de mezcla de los elementos de la organización estatal, todos los progresistas se equivocan en la teoría aunque triunfen en la práctica. No tienen razón porque, al intentar corregir, destruyen y triunfan en la práctica porque se dejan llevar por la corriente, ruedan cuesta abajo. Contrariamente, los amigos de la reacción tienen razón en teoría, puesto que quieren proteger el organismo de la mezcla secundaria que, por sí misma, es un síntoma de malestar. Y no es su culpa que la nación no sea capaz de soportar la disciplina de la idea despótica del Estado. De esto se deriva la fórmula del pensador ruso:

Es necesario creer en el progreso, pero no como en un mejoramiento inminente, sino sólo como en una transformación de las fatigas de la vida en nuevos sufrimientos y dificultades humanas. La fe auténtica en el progreso debe ser pesimista y no algo benigno que espera la llegada de una nueva primavera.<sup>9</sup>

Desde el punto de vista de Leontiev, después de intensas luchas, a la humanidad le conviene anhelar una reconciliación, un descanso profundo en espera de nuevos obstáculos que tiempen su espíritu más que una paz eterna. La gente erróneamente interpreta los sufrimientos como algo casual y secundario que se puede fácilmente eliminar, con lo que es posible liberarse de todas las desdichas en esta tierra. Pero esto no es así. Al quitar un dolor, tarde o temprano aparece otro. Cuando los hombres logran, por algún momento, eliminar sus sufrimientos y carencias externas se convierten en duros e implacables unos contra otros e, incluso, les agrada contemplar los sufrimientos ajenos. Contrariamente, cuando ellos sufren, se engendran sentimientos nobles, aparece la atención al dolor ajeno, la piedad y la compasión. Así pues, los sufrimientos son inseparables de la dignidad humana y aunque podamos estar mejor, no debemos convertirnos en seres satisfechos, contentos de nosotros mismos. La Voluntad, más sabia que la nuestra, puso fin a esta presunción. Pero

nosotros ignoramos esta Voluntad, evadimos las leyes invisibles que vinculan nuestra naturaleza con la vida y ciegamente aspiramos a una felicidad total garantizada. Generación tras generación quiere alcanzar este fin anhelado sin comprender que la propia naturaleza humana es el obstáculo principal en su realización. La gente se inclina a interpretar la historia como el arte que es capaz de tapar el saco de la existencia humana en aquella parte donde se encuentra el dolor y los sufrimientos, y abrirlo ampliamente ahí donde está la alegría y la felicidad. Leontiev no quiso construir ilusiones optimistas. Sostuvo que los que profesan los principios del realismo no son consecuentes cuando creen en el ideal quimérico de la felicidad común. La Historia, al igual que la Naturaleza, vive por la diversidad y el antagonismo, y de ahí saca su armonía. Es absurdo ser realista en ciencias naturales y, a la vez, tener una visión utópica. Toda la experiencia humana, según el pensador ruso, nos enseña la imposibilidad de realizar el ideal del bienestar y la felicidad para todos.

Para Leontiev la idea del progreso social es una aberración, dice:

Tengo derecho de despreciar a esta humanidad anémica y mezquina, sin vicios, sin virtudes y no quiero hacer ni un paso para coadyuvar a tal progreso. . . ¡Más que esto! Si no tuviera poder, sonaría apasionadamente vejar el ideal de la igualdad universal y al movimiento absurdo que pretende realizarlo; si tuviera el poder, destruiría este orden, pues ¡quiero demasiado a la humanidad para desearle un futuro, quizá, tranquilo, pero mezquino y humillante!<sup>10</sup>

Desde este punto de vista, el progreso social que conduciría al triunfo de la uniformidad, a una mezcla secundaria no significaría sólo la victoria del mal, sino también, la de la fealdad. La principal ley de la belleza es la diversidad en la unión. El valor estético es sinónimo de la vitalidad de los fenómenos sociales. Berdiaev dice que Leontiev consideraba que

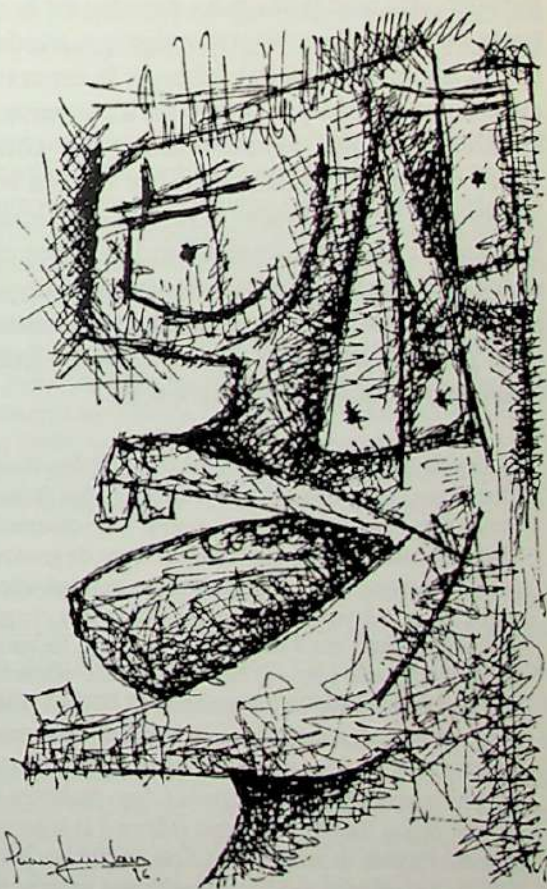
el mismo Dios quiere desigualdad, contraste, diversidad. La aspiración a la igualdad, a la mezcla, a la homogeneidad es hostil a la vida y va en contra del orden divino. La estética demoníaca está más cerca a Dios que la moral niveladora.<sup>11</sup>

Para Leontiev los criterios estéticos son superiores que las virtudes morales, ya que presuponen individualización, diversidad y jerarquía. Esto quiere decir que las virtudes morales deben ser diversas en las diferentes clases y capas sociales. El sentido de la dignidad personal conducen al desarrollo de cualidades caballerescas en las clases superiores, mientras que en la clase obrera esta misma característica engendra envidia que instiga a motines y revueltas encaminados al estableci-

miento del reino mítico de la igualdad para todos. Este razonamiento platónico significa que Leontiev identifica justicia con gobierno y privilegios de una clase superior. En efecto, el principio, de que cada clase o estamento debe tener sus propias virtudes morales significa, lisa y llanamente, que el Estado es "justo" (y por tanto, posee una complejidad floreciente) si cada uno respeta su lugar: la élite gobierna, el trabajador trabaja, y cada uno atiende sus asuntos propios, según su nivel en la jerarquía social.

El estetismo aristocrático del pensador ruso niega una posible reconciliación no sólo con el progreso democrático sino, también, con el triunfo de las metas del cristianismo. El mundo se marchitaría y se descoloraría si todos sus habitantes se hubieran convertido al cristianismo. En su carta a Rózanov dice: "... Tanto la prédica cristiana, como el progreso europeo aspiran a matar la estética de la vida en la tierra, es decir, la misma vida."<sup>12</sup> Como creyente Leontiev aconseja "ayudar al cristianismo (incluso contrariamente a la apreciada estética) por razones de egoísmo trascendental y por el miedo ante el juicio final".<sup>13</sup>

Esta actitud contradictoria ante la estética de la vida



le condujo a una interpretación del cristianismo en el plano escatológico. Según Florovsky, para Leontiev

el cristianismo no era la luz de la razón, no decía nada al respecto, igualmente pocas veces se refería a dogmas. Tampoco hablaba frecuentemente sobre Cristo. Buscaba en el cristianismo y en la fe no la verdad sino la salvación. Precisamente la salvación del infierno y de la muerte, aquí y allá, pero no una nueva vida. . . Para Leontiev el cristianismo es sólo una religión del fin y la profecía sobre éste no es tema para la vida; en el cristianismo no hay una buena nueva sobre y para la historia. . . Leontiev no vio en la historia ningún sentido religioso, en esta esfera fue estético y biólogo y encontró su profunda satisfacción.<sup>14</sup>

El pensador ruso intervino contra la profecía reconciliadora de los hombres en Cristo. Esta consigna, según su opinión, no es propia de la Iglesia sino del humanismo. "El origen de la sabiduría (es decir, una fe auténtica) radica en el miedo, y el amor es sólo su fruto. No se puede evaluar el fruto por la raíz ni la raíz por el fruto."<sup>15</sup>

Al rechazar la prédica del bien personal y la ética del imperativo categórico, Leontiev se inclina por el "pesimismo triste" que nos enseña una humildad valiente ante la imposibilidad de erradicar el mal en esta tierra. La verdad absoluta es una y válida para todos los tiempos: todo lo existente inexorablemente debe perecer. Así que la tragedia penetra en la vida como parte de su esencia y no como algo que pueda resolverse por un ajuste racional: albergar la esperanza de eliminarla no es más que engañarse a uno mismo, apartar la mirada de una verdad eterna. Por consiguiente, ¿para qué preocuparse tanto por el bien terrenal de las futuras generaciones? ¿Qué sentido tienen los sueños utópicos y entusiasmos febriles sobre el reino de una justicia general? Hay que ser paciente y, en el mejor de los casos, preocuparse sólo por los asuntos prácticos personales y del prójimo, señalaba Leontiev. En nombre de la misma vida aconseja:

¡Sé paciente! Nunca llegará el bien para todos. A algunos les irá mejor, y a otros peor. ¡Esta fluctuación entre dicha y dolor es la única armonía posible sobre la tierra! Y no esperen más. Recuerda que todo tiene su fin; hasta las rocas de granito se corroen y se erosionan; hasta los gigantescos cuerpos celestiales perecen. . . Si la humanidad es un fenómeno vivo y orgánico tendrá que llegar algún día a su fin. Y si llegará el fin entonces, ¿para qué preocuparse sobre el bien de las generaciones lejanas que nos son totalmente incomprensibles? ¿Cómo podemos soñar sobre el bien de nuestros biznietos cuando no somos capaces de comprender y colmar por medio de la razón a la generación más cercana a nosotros hijos e hijas? ¿Cómo podemos confiar en la justicia moral cuando la verdad teórica o la solución de la vida terrenal todavía se nos oculta detrás de cortinas impenetrables; cuando los grandes intelectos y naciones enteras permanente-

mente se equivocan, se desilusionan y llegan a otros fines, totalmente diferentes de los que han buscado?<sup>16</sup>

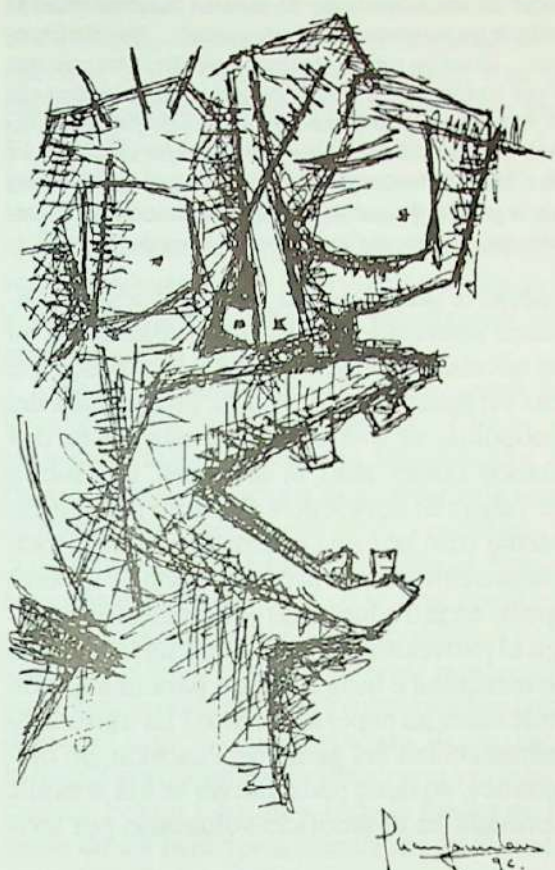
Desde el punto de vista de Leontiev, la humanidad no quiere aceptar su filosofía pesimista porque todavía no ha pasado a través de todas las ilusiones y no ha experimentado plenamente las desdichas que son inevitables en la búsqueda de la armonía social. "El socialismo (es decir, una revolución profunda y en parte violenta en la esfera económica y en la vida cotidiana) predice Leontiev al parecer, es inminente, por lo menos, para una parte de la humanidad".<sup>17</sup>

Después de una serie de pruebas y experimentos sociales que conducirán a la humanidad a catástrofes terribles, ésta, quizás, llegará a las verdades definidas por algunos de sus profetas y refutará no sólo el ideal socialista, sino la misma idea de progreso igualitario y democrático que está en su base. Aconseja Leontiev: la armonía hay que buscarla en la vida, ahí se combinan eternamente desdichas y alegrías, tragedias y comedias, crimen y hazaña, envidia y benevolencia, ofensas y consolaciones. Quizás, sólo en el más allá, en el Reino prometido por El Salvador, se nos otorgará todo lo que soñamos vanamente conseguir en este mundo.

Según el pensador ruso, esta esperanza se desprende de la fe establecida por la ortodoxia eclesiástica y dirigida en contra al "cristianismo de rosa". Según Leontiev, Dostoievski en su discurso pronunciado en 1880 durante la inauguración del monumento a Puschkin intentó interpretar al cristianismo en el espíritu del amor a la humanidad en Cristo. Pero este "cristianismo humanitario" con su tendencia de perdonar a todos, con su cosmopolitismo y su amor confuso sin dogmas estrictos y sin temor a Dios es equivalente a la idea liberal del progreso igualitario y conduce, a fin de cuentas, a la eliminación de las antinomias sociales y al triunfo de la homogeneidad melosa. Desde el punto de vista verdaderamente cristiano, considera Leontiev, el establecimiento en la tierra de la paz perpetua, el bienestar y concordia significaría el triunfo de la fe eudemónica y la antropolatría.

Partiendo del criterio estético, Leontiev se indigna del ideal equitativo del burgués europeo quien, según su opinión, es

algo mediocre e incierto: no es ni campesino ni gran señor, no es guerrero ni sacerdote, no es bretón ni vasco, no es tirol ni cherqués, no es marqués en terciopelo y plumas ni asceta en cilicio ni prelado en brocado. . . El burgués está contento de aquel pequeño y medio tipo cultural al cual pertenece según su posición en la sociedad y su modo de vivir. Este hombre no sabe ni entiende las leyes de la belleza, pues este tipo mediocre siempre y en todas partes es menos expresivo en el sentido estético, menos



hermoso intensiva y extensivamente, menos heroico en comparación con los tipos complejos o más extremos. . . El criterio estético es más cierto, porque tiene carácter general y puede ser aplicado a todas las sociedades, épocas y religiones.<sup>18</sup>

El pensador ruso invariablemente reservaba al burgués sus sarcasmos más duros, no tanto por odio personal sino porque los consideraba pedantes y filisteos; en breve, los pensaba representantes de un tipo vulgar, estéticamente más repugnantes que cualquier mendigo o vagabundo. Dicho estetismo lo condujo, incluso, a preferir al noble enemigo (que es inmensamente superior) que al filisteo pacífico y benévolo.

Según Leontiev, el Occidente es peligroso para Rusia y no por su amenaza militar sino por la propaganda de valores democráticos e ideales quiméricos de felicidad, igualdad y fraternidad. Estas ideas, conducen a la formación de un tipo de personalidad mediocre para quien la belleza de la vida, en sus formas nacionales, no tiene ya ninguna importancia. Como a José de Maistre, le gustaba el pasado de Europa: sus instituciones aristocráticas, monarquía, caballería y romanticismo. Pero la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, según el conservador ruso, tergiversó

la complejidad floreciente y mató la poesía social de la vida europea. El ideal de la democracia le parece prosaico, carente de toda cualidad estética. Él considera que la sociedad rusa estaba más diversificada y que los principios bizantinos eran capaces de preservarla de la decadencia de la simplificación mezclada.

Las reflexiones sobre Rusia, su trayectoria histórica, su suerte y su predestinación ocuparon un lugar central en la obra de Leontiev. Para él la historia de Rusia, por su origen y rasgos nacionales, religiosos y gubernamentales, está estrechamente vinculada con el Bizancio. Su futuro es imposible de comprender si se parte sólo de la situación en que se encontraba el país en la segunda mitad del siglo XIX. Su destino se podrá entender mejor tomando en consideración una amplia trayectoria histórica; esto es lo que puede explicarnos, según Leontiev, la peculiaridad de organización de su poder, religión, tradiciones y mentalidad.

Si Danilevsky y los eslavófilos consideraban que la idea de nación forma la esencia de un tipo socio-cultural y el Estado y la religión ocupan un lugar secundario, para Leontiev la idea de nación se deriva de los principios estatales y religiosos. Según su punto de vista, en la base de la civilización rusa se encuentra la autocracia bizantina, la ortodoxia griega y tradiciones populares que, también en su mayoría, llegaron de Bizancio. El espíritu bizantino es un tejido complejo del sistema nervioso que se extendió en todo el organismo del país.

Las ideas y sentimientos bizantinos consolidaron a una Rusia semibarbárica en un cuerpo íntegro. El bizantinismo nos dio fuerza para aguantar la devastación tártara durante el largo período de su yugo. ¡La imagen bizantina del Salvador consagro las banderas del gran príncipe Dimitri cuyas tropas, por primera vez, mostraron que Rusia Moscovita no es ya un país fraccionado y destrozado! El bizantinismo nos dio la fuerza en nuestra lucha contra Polonia, Suecia, Francia y Turquía. ¡Bajo sus banderas si les fuéramos fieles podríamos, indudablemente, soportar la amenaza de toda Europa internacional, si ésta, al destruir en sí todo lo noble, se atreviera en alguna ocasión imponernos la podredumbre de sus nuevas leyes que nos relatan sobre la bienaventuranza mezquina y la omniabarcadora vulgaridad terrenal!<sup>19</sup>

El espíritu bizantino, según Leontiev, es internamente provechoso para Rusia ya que constituye su eje nacional. En su historia hubo épocas en que las discordias políticas amenazaron la existencia de la autocracia, por ejemplo, en los "años turbios" del siglo XVII. Pero la ortodoxia bizantina despertó el patriotismo, reunió el pueblo y salvó al país del caos. La ortodoxia le otorgó al poder monárquico ruso bases espirituales y legitimidad moral. No es casual que todos los motines campe-

sinos que estallaron en Rusia tuvieron un carácter monárquico, porque "el principio monárquico es el único organizador para nosotros, es el instrumento básico de disciplina y, al mismo tiempo, es bandera de revueltas."<sup>20</sup>

Desde este punto de vista, los valores de la democracia nunca podrán integrarse al sistema político de la Rusia autocrática y ortodoxa sin destruir el fundamento de su vida cultural y civil. "Me atrevo, incluso, a decir sostiene Leontiev que ninguna revuelta polaca, ningún motín de Pugachev pueden causar tanto daño a Rusia como podría causarlo una constitución democrática, pacífica y legítima."<sup>21</sup>

El gobierno despótico del Zar, la concentración del poder en una sola persona, según tal opinión, es infinitamente preferible a su dispersión de acuerdo con las normas democráticas. El pensador ruso considera que a través del despotismo se alcanza el poderío y el florecimiento de la vida, mientras que la libertad y el individualismo son adversos al desarrollo de la individualidad original. Anticipando las invectivas iracundas de Nietzsche, Leontiev escribe:

El pensamiento europeo se reverencia ante el hombre en calidad de ser humano y no quiere reverenciarlo como héroe o profeta, rey o genio. No se reverencia ante el alto desarrollo de la personalidad, sino simplemente ante cualquier individuo, y a cualquier persona quisiera hacerle feliz (aquí en la tierra), igual, segura, escrupulosamente honesta y libre en el marco de cierta moral.<sup>22</sup>

Según tal opinión, el individualismo que predica la moral humanista es adverso al desarrollo de los caracteres verdaderamente originales. El auténtico individualista no es el que dice sí a todo, sino aquella persona que puede negar y, en este acto, afirma la vida en su eterna dinámica transfigurada.

Esta posición condicionó la actitud de Leontiev hacia la idea de Dostoievski de que el "amor fraternal" a todos los pueblos y ante todo a las naciones europeas es un rasgo distintivo del espíritu nacional del pueblo ruso. Para Dostoievski (expresado con gran elocuencia en su discurso dedicado a Puschkin) es inherente a los rusos una misión universal de servicio abnegado y fraternal en aras del bien para todos los pueblos. Dostoievski sostiene:

Sí, el sino de los rusos es, indiscutiblemente, universal; ruso auténtico, integral, sólo él puede llamarse un hermano de todos los hombres, un omnihombre, si os place. . . A un ruso auténtico le son Europa y el destino de toda la gran raza aria tan caros como Rusia misma, cual la suerte de su propio país, pues precisamente nuestro destino si es lícito expresarse así se cifra en la realización de la idea unitaria en la Tierra, pero no mediante la espada, sino

por el poder del amor fraternal y de nuestro fraternal esfuerzo por la unión de los hombres de lograda unidad. . . Yo creo firmemente que. . . de ser un ruso auténtico no significa otra cosa que afanarse por conciliar en sí mismo definitivamente las antítesis europeas, mostrarle a la nostalgia europea su salvación en la omnihumana y omniconciliadora alma rusa, albergar en esa alma a todos con el amor fraternal, y de ese modo decir acaso la última palabra de la grande, general armonía, de la fraternal inteligencia de todos los pueblos, según la evangélica ley de Cristo.<sup>23</sup>

Leontiev advierte que el *pathos* de este discurso contradice a otros enunciados sobre Rusia contenidos en las grandes novelas del mismo escritor y marcados con tono severo y trágico. Le reprocha la propaganda del amor cosmopolita, ya que considera que no es una "predestinación noble" sino, al contrario, una suerte lamentable y signo de decadencia. Sustituir la originalidad del pueblo ruso por una compasión empalagosa; limitar su futuro cultural por la conciliación de las antítesis europeas, no introduciendo nada específicamente nuevo en el patrimonio mundial, ¿no sería esto una aportación mezquina e insignificante para una nación que pretende tener un papel mesiánico? La universalidad y omnihumanidad del genio de Puschkin, en opinión de Leontiev, no tiene nada que ver con la armonía melosa expresada en el sacrificio voluntario por toda



la humanidad. El "amor universal" extático conduce a la debilidad, flojedad y enturbiamiento de los sentimientos, borra la identidad nacional y es pernicioso para una colaboración respetuosa entre los pueblos. El desarrollo histórico confirmó la actitud crítica de Leontiev a la prédica del "amor universal". Al especular alrededor de la "solidaridad de todos los pueblos", el internacionalismo soviético enmascaró con la fraseología socialista los intereses de la cúpula partidista y, de esta manera, explotaba cínicamente el humanismo del pueblo ruso.

Durante mucho tiempo Leontiev creyó que a Rusia le esperaba la misión de sustituir la Europa podrida, para mostrarle al mundo un tipo superior de cultura floreciente. Él exhortaba el desarrollo de una gran civilización eslava asiática que podría encabezar la vida social e intelectual de toda la humanidad. Pero, si analizáramos más atentamente su doctrina, resulta que Leontiev, en realidad, no tenía gran confianza en la originalidad del pueblo ruso. Él no creía tanto en Rusia sino en la idea bizantina. Como subraya atinadamente Berdiaev, a Leontiev no le agradaba Rusia como tal, sino la ortodoxia bizantina, la autocracia y el espíritu aristocrático. Según Leontiev, toda la fuerza de Rusia proviene de los principios asimilados de Bizancio y no de sus valores originales.

... Parece que en la historia no ha habido un pueblo menos creativo que nosotros, quizás, a excepción de los turcos. Nosotros, los rusos, somos bastante originales en cuanto a nuestro temperamento psíquico, pero no pudimos crear nada verdaderamente original y ejemplar para los demás. Es verdad que hemos creado un gran Estado, pero en este reino no existe un sistema estatal nuestro, no existen relaciones políticas intrínsecas que sean nuestro producto y que pudieran ejercer influencia a los demás, como ocurrió en Roma pagana, en Bizancio, en la vieja Francia monárquica y en Gran Bretaña.<sup>24</sup>

Así pues, a diferencia de los esclavófilos Leontiev no creyó en la creatividad del pueblo ruso y consideró que todo lo grande y original en su país fue hecho por iniciativa del gobierno, desde arriba. Según su opinión, el poder zarista fue la fuente principal de la desigualdad y diversidad que obstaculizaba una mezcla unificadora. Hasta a la fe rusa le negó cualquier originalidad.

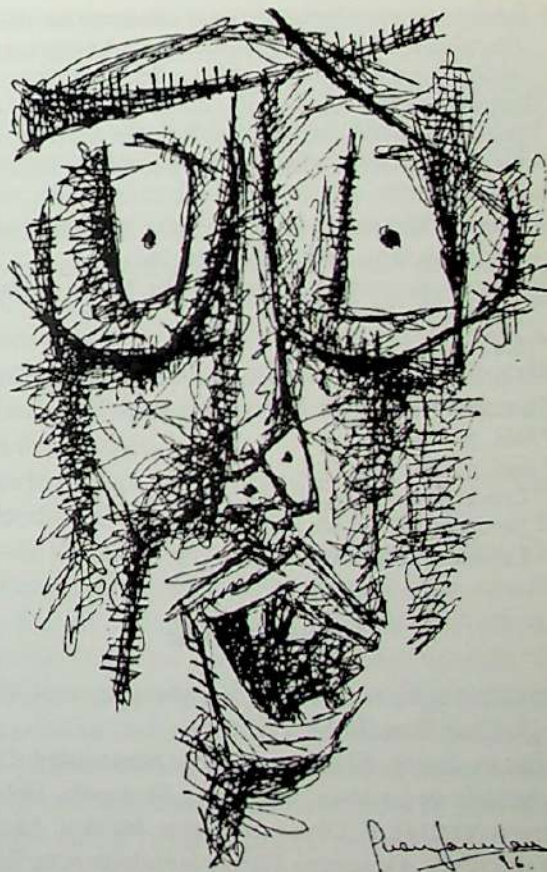
A la cultura religiosa bizantina en general, le pertenecen todos los tipos principales de santidad cuyos modelos posteriormente usaron los rusos. ... Todos nuestros santos fueron sólo discípulos, imitadores y seguidores de los santos bizantinos.<sup>25</sup>

Igual que a Chaadaev, a Leontiev le fueron propios los pensamientos amargos y pesimistas sobre Rusia y su futuro. La diferencia consiste en que Chaadaev busca-

ba una salida en los principios católicos, mientras que Leontiev quiso encontrarla en el espíritu bizantino.

En los últimos años de vida, la mirada estética del pensador ruso fue dirigida exclusivamente al pasado, mientras que al futuro le predecía el triunfo del Anticristo. Esto es, la transformación de la sociedad rusa sobre la base de los principios que desdeñaba tanto: la libertad y la igualdad del pueblo. A la primera la asociaba con el anarquismo y la irresponsabilidad. Desde su punto de vista, la libertad sólo era un don para los monarcas, mientras que el pueblo no podía darse este derecho sin degenerar en el caos. La libertad del soberano se expresa en la libertad del poder que debe ser indivisible, puesto que si se distribuyese no habría centro de autoridad y la sociedad pronto se desmoronaría. El pensador ruso no quiso observar que el poder ilimitado del soberano sobre sus súbditos inevitablemente engendra una situación que empuja a los hombres, iguala a todos en la esclavitud y, por consiguiente, conduce a la mediocridad colectiva que le inspira tanta repugnancia.

La "complejidad floreciente" no excluye la libertad. Lo que se vio obligado a reconocer Leontiev. Pero en



su comprensión la libertad debe ser permitida como un privilegio que el monarca dota a sus súbditos y nada más. Para él "todo lo que no está permitido, está prohibido", lo que evidentemente limita la autonomía moral de los hombres y los priva de iniciativa y dignidad.

El Estado escribe no se mantiene por una sola libertad o por un solo constreñimiento y rigurosidad, sino por una armonía (todavía imperceptible para las ciencias sociales) entre la disciplina de la fe, el poder, las leyes, las tradiciones y costumbres, por una parte, y aquella libertad real de la persona que es posible incluso en China en condiciones de la tortura. . . 'No hagas lo que está prohibido. . . , pero si no temes haz lo que quieras'. Esta elección era posible en todos los tiempos y los hombres, en efecto, elegían.<sup>26</sup>

El filósofo no pudo ver que el régimen en el cual predomina este principio, no permite restringir la arbitrariedad burocrática e impedir que el poder estatal se degenera en despotismo que arrebató a los hombres no sólo la libertad sino, también, la diversidad como un valor intrínseco *sui generis*. El pensador ruso consideró que la belleza es el principio del desarrollo entendido como una expresión de la complejidad, variedad y diversidad de las formas espirituales, sociales y naturales de la vida y, al mismo tiempo, contrariamente a esta su

tesis, exhortó a congelar el desarrollo democrático de Rusia, defendiendo las instituciones caducas de la autocracia zarista.

Como a Platón, lo único que le importa a Leontiev es el todo colectivo como tal y no el hombre concreto. Para él, el individuo ha sido creado en función del Estado y no el Estado en función del individuo. Si es así, si el individuo no es sino una pieza dentro del engranaje del Estado, entonces la moral no será sino un intento de ajustarlo a las formas más adecuadas del todo. El criterio de la moralidad es el fortalecimiento del poderío estatal. Interpretado de esta manera la moral no es sino la estética política basada en la fuerte jerarquía social. El pensador ruso no quiere advertir que el verdadero florecimiento de las formas creativas es posible

en sociedades que tienen una textura abierta, en las que la variedad no se tolera simplemente sino que se aprueba y se estimula; que el desarrollo más fecundo de las potencialidades humanas sólo pueden alcanzarse en sociedades en las que haya una amplia gama de opiniones, en la que haya libertad de pensamiento y de expresión, en la que puntos de vista y opiniones choquen entre sí, sociedades, en las que los roces y hasta los conflictos estén permitidos, aunque con reglas para controlarlos e impedir la destrucción y violencia<sup>27</sup> •

### Notas

- <sup>1</sup> Hemos tomado algunas de estas características del artículo de Glushkova, Tatiana, "Tengo miedo que la historia me justificará", en *Nuestro contemporáneo*, 1991, núm. 1. (En ruso)
- <sup>2</sup> Berdiaev, Nicolai, "Konstantin Leontiev. (Ensayo de la historia del pensamiento religioso ruso)", en N. A. Berdiaev, *Sobre la filosofía rusa*, vol. I, Universidad de Ural, Sverdlovsk, 1992, p. 162. (En ruso)
- <sup>3</sup> Leontiev, Konstantin, *Cartas escogidas*, San Petersburgo, El Fondo de Puschkin, 1993, p. 552. (En ruso)
- <sup>4</sup> Leontiev, Konstantin, *Obras escogidas*, Moscú, El obrero moscovita, 1993, p. 75. (En ruso)
- <sup>5</sup> *Ibid.*, p. 73.
- <sup>6</sup> Mill, John Stuart, *Sobre la libertad*, Madrid, Alianza, 1993, p. 132.
- <sup>7</sup> Leontiev, Konstantin, *Obras escogidas*, p. 76.
- <sup>8</sup> *Ibid.*, p. 179.
- <sup>9</sup> *Ibid.*, p. 179.
- <sup>10</sup> Citado en Berdiaev, Nicolai, *ob. cit.*, p. 193.
- <sup>11</sup> Berdiaev, Nicolai, *ob. cit.*, p. 201.
- <sup>12</sup> Leontiev, Konstantin, *Cartas. . .*, p. 586..

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 586.

<sup>14</sup> Florovsky, Gueorgui, *Vías de la teología rusa*, París, YMCA PRESS, p. 304. (En ruso)

<sup>15</sup> Leontiev, Konstantin, "Sobre el amor universal", en *La idea rusa*, Moscú, República, 1992, p. 152. (En ruso)

<sup>16</sup> Leontiev, Konstantin, *Obras escogidas*, p. 155-156.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 156.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 156-157.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 34-35.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 36.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 36.

<sup>22</sup> Citado en Berdiaev, Nicolai, *ob. cit.*, p. 201.

<sup>23</sup> Dostoyevski, Fiodor, *Obras completas*, t. IV, México, Aguilar, 1991, p. 855.

<sup>24</sup> Leontiev, Konstantin, *Obras escogidas*, p. 386.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 379-380.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 178.

<sup>27</sup> Berlin, Isaiah, *El fuste torcido de humanidad. Capítulos de historia de las ideas*, Barcelona, Península, 1992, pp. 61-62.

### Bibliografía

- BERDIAEV, N. A., *Sobre la filosofía rusa*, vol. I, Universidad de Ural, Sverdlovsk, 1992.
- BERLIN, Isaiah, *El fuste torcido de humanidad. Capítulos de historia de las ideas*, Barcelona, Península, 1992.
- DOSTOYEVSKI, F., *Obras completas*, México, Aguilar, 1991.
- FLOROVSKY, Gueorgui, *Vías de la teología rusa*, París, YMCA PRESS.

- LEONTIEV, Konstantin, *Cartas escogidas*, San Petersburgo, El Fondo de Puschkin, 1993.
- , *Obras escogidas*, Moscú, El obrero moscovita, 1993.
- , *La idea rusa*, Moscú, República, 1992.
- STUART MILL, John, *Sobre la libertad*, Madrid, Alianza, 1993.